

# El arte de enseñar: mi proceso de formación como maestra

OLIVA REYES SEGURA<sup>1</sup>



*El mejor regalo que un maestro puede recibir es ver cómo sus estudiantes tienen éxito en la vida*

JOHN WOODEN

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.375.14>

Desde pequeños soñamos con lo que queremos ser cuando crezcamos. Estos sueños infantiles son variados y a menudo los inspiran las personas que admiramos y las historias que escuchamos. Algunos desean ser doctores para salvar vidas y ayudar a los enfermos; otros anhelan ser astronautas, fascinados por la idea de explorar el espacio y descubrir los misterios del universo. También hay quienes sueñan con ser arquitectos, imaginando grandes edificios y estructuras que embellecen las ciudades y mejoran la vida de las personas. Sin embargo, solo unos pocos tienen claro desde el principio que desean dedicar su vida a la enseñanza, a la hermosa labor de ser maestros, este deseo de enseñar y guiar a las futuras generaciones es un llamado especial que no todos escuchan desde el principio.

Freire (2012) señala que “el papel del docente es ayudar a los estudiantes a descubrir su propio proceso de aprendizaje y a desarrollar su autonomía y responsabilidad” (p. 47). Esta perspectiva resalta la importancia de la educación como un proceso de acompañamiento y facilitación, donde el maestro no es solo un transmisor de conocimientos, sino también un guía que ayuda a los estudiantes a encontrar su propio camino y a desarrollar su capacidad para aprender de manera independiente.

A lo largo de nuestra vida, conocemos a muchos maestros, y cada uno de ellos nos enseña algo valioso, cada profesor que pasa por nuestras vidas deja una huella, ya sea por su método de enseñanza, su personalidad, o el

---

<sup>1</sup> Licenciatura en Inclusión Educativa. Correo: [olireyes185@gmail.com](mailto:olireyes185@gmail.com)

interés genuino que muestran por sus alumnos. Sin embargo, entre todos esos docentes siempre hay uno que nos marca de por vida, sus enseñanzas trascienden lo académico y nos impactan emocionalmente; inspirándonos con su pasión y dedicación, estos maestros especiales nos hacen querer ser tan maravillosos como ellos, son quienes nos muestran el verdadero significado de la educación.

Estos docentes nos muestran el poder de la educación para transformar vidas, nos enseñan sobre la importancia de la empatía y la paciencia, y nos inspiran a ser mejores personas; son ellos quienes nos hacen ver que la enseñanza es más que una profesión, es una vocación y una forma de vida.

Nos enseñan con su ejemplo que la verdadera educación no solo se da en el aula, sino también en cada interacción, en cada palabra de aliento y en cada gesto de comprensión. Son ellos quienes nos muestran que la educación es una herramienta poderosa para el cambio, y que ser maestro significa tener el privilegio y la responsabilidad de influir positivamente en la vida de los demás. Así, el deseo de ser maestro se convierte en una aspiración noble, una meta que va más allá de lo profesional para tocar lo personal y lo emocional.

Una de las primeras cosas que los profesores te preguntan al ingresar a la Escuela Normal es ¿por qué elegiste esta carrera? Algunos de mis compañeros respondieron que fue su única opción, otros mencionaron la cercanía de la escuela como su principal motivo, y solo unos pocos afirmaron haber elegido la carrera por auténtica vocación.

Algunos decían que un maestro debe nacer con la vocación de enseñar, que es algo innato, una pasión que te guía desde siempre. Esta idea me dejó pensando, ya que yo no sentía que había nacido con esa vocación tan clara. ¿Significaba eso que no podría ser una buena maestra?

Sin embargo, a medida que avanzaron los años, mi perspectiva comenzó a cambiar. Las experiencias vividas durante mi formación profesional, tanto dentro como fuera del aula, me enseñaron una valiosa lección: la vocación docente no siempre nace con nosotros, sino que puede desarrollarse y fortalecerse a lo largo de nuestra formación académica y profesional. Fue a través de cada clase teórica, cada práctica educativa y

cada interacción con alumnos y maestros, que fui construyendo y descubriendo mi propia vocación.

En mi caso, crecí sin tener claro a qué dedicarme, en algún momento pensé en ser mercadóloga, pero las circunstancias de la vida me llevaron por otro camino, cuando ingresé a la Escuela Normal, estaba confundida y llena de temor, temiendo no ser la maestra que las futuras generaciones se merecían. Mis primeras prácticas fueron un desafío, no sabía bien cómo acercarme a los alumnos y mis intervenciones con ellos fueron breves y titubeantes.

Todo cambió durante mis segundas prácticas en una telesecundaria. Allí conocí a una niña que se volvió muy especial para mí. Fue ella quien me hizo amar la docencia, quien me despertó el deseo de ser la mejor maestra posible, y por eso siempre tendrá un lugar muy especial en mi corazón. Gracias a ella descubrí la verdadera vocación y el profundo impacto que un maestro puede tener en la vida de sus estudiantes.

Según De Lella (1999), por práctica docente se entiende la “acción que se desarrolla en el aula y dentro de ella, con especial referencia al proceso de enseñar” (p. 15).

Durante mi estancia en las escuelas de prácticas, he vivido diversas experiencias, algunas más agradables que otras. Sin embargo, cada una de ellas me ha permitido aprender y crecer, cada uno de los niños con los que he convivido me ha enseñado lo que realmente significa ser maestra.

Recuerdo momentos específicos que marcaron mi camino, como la primera vez que diseñé una actividad didáctica que realmente conectó con mis alumnos, o cuando un estudiante con dificultades de aprendizaje logró comprender un concepto gracias a mis esfuerzos. Estos momentos de éxito y realización personal me hicieron comprender que la vocación docente puede surgir de nuestras experiencias, reflexiones y de nuestro deseo de marcar una diferencia en la vida de los demás.

Tomando como base las aportaciones de Oliveira et al. (2010), se entiende por trabajo docente la categoría de análisis que posibilita el estudio de los sujetos que participan en el proceso educativo en sus diferentes posiciones, a partir del trabajo como concepto clave. Esto permite comprender la experiencia docente frente al empleo y sus

condiciones de trabajo, que incluyen: a) condiciones de empleo, que se refieren a la naturaleza de la relación entre el empleador y el empleado; b) las condiciones objetivas en las que se realiza el proceso de trabajo, por lo tanto, que designan a las presiones y limitaciones presentes en el medio ambiente físico y organizativo en el que se desarrollan las tareas (p. 23).

Una de las mayores satisfacciones de ser maestro es cuando uno de tus alumnos te da las gracias por haber sido su profesor, expresando la gratitud que siente hacia ti no solo por los nuevos conocimientos que adquirió, sino también por el apoyo brindado y por haberte convertido en un amigo para él. Estos momentos de agradecimiento son profundamente emotivos y reflejan el impacto positivo que puede tener un educador en la vida de un estudiante. Ver cómo se transforman y evolucionan gracias a tu guía y dedicación es una experiencia incomparable, que reafirma la importancia y el valor de la profesión docente.

En mi trayectoria por las escuelas que me abrieron sus puertas, he experimentado una inmensa satisfacción al apoyar a los estudiantes, no obstante, junto con esta satisfacción también he sentido una profunda tristeza al darme cuenta de las limitaciones inherentes a mi rol. En muchas ocasiones, me encontré con situaciones en las que mi parte humana deseaba sobrepasar lo profesional, anhelando poder hacer más por los niños, más allá de lo que las circunstancias y el entorno educativo me permitían. Este conflicto entre el deseo de ayudar más y las restricciones de la profesión es algo que muchos educadores experimentan, y es un recordatorio constante de la necesidad de un equilibrio entre la empatía y la profesionalidad.

A menudo creemos que somos nosotros, los maestros, quienes enseñamos a los alumnos, pero en realidad ellos son quienes nos enseñan a nosotros, cada día en el aula es una oportunidad para aprender algo nuevo de ellos. Nos enseñan sobre resiliencia, curiosidad, creatividad y, sobre todo, la importancia de la paciencia y la empatía; nos muestran nuevas perspectivas y nos desafían a ser mejores en nuestro trabajo y en nuestra forma de ver el mundo. Ser docente es, en muchos sentidos, un viaje de aprendizaje continuo, donde las lecciones más valiosas provienen de aquellos a quienes creemos estar enseñando.

Es este intercambio de conocimientos y experiencias lo que enriquece la labor docente y la convierte en una vocación única y gratificante. Cada agradecimiento, cada sonrisa y cada pequeño logro de los estudiantes son testimonios del impacto duradero que podemos tener en sus vidas, y aunque a veces las limitaciones pueden ser desalentadoras, la pasión por enseñar y la conexión genuina con los estudiantes son las fuerzas que nos impulsan a seguir adelante, a buscar siempre formas de mejorar y a recordar que, al final del día, el verdadero aprendizaje es una calle de doble sentido.

### **Reflexión final**

Aprendí que la vocación de enseñar puede florecer cuando cultivamos nuestra pasión por el conocimiento y nuestro compromiso con la educación inclusiva. Comprendí que aunque algunos pueden tener una inclinación natural hacia la enseñanza, otros, como yo, pueden encontrar y desarrollar esa vocación a través del esfuerzo, la dedicación y el amor por la profesión. La enseñanza es una vocación que se construye con cada paso que damos en nuestro camino académico y con cada pequeño triunfo que logramos en nuestras prácticas diarias.

La vocación es algo que se nos impone desde dentro de nosotros mismos como una fuerza irresistible (Gracia, 2007) que nos impulsa y motiva a actuar desde la responsabilidad y el compromiso. Para los profesores González-Blasco y González-Anleo (1993), la vocación es “el motivo más importante para dedicarse a la enseñanza, junto a otras razones como el humanismo de la profesión o la facilidad y conveniencia de la carrera de profesor” (p. 75). En este sentido, la vocación docente es mucho más que una dedicación laboral como otra cualquiera, implica no solo la vida profesional del maestro, sino también la personal; no solo su trayectoria intelectual, sino también sus emociones y hasta su propia identidad.

Así, me di cuenta de que no importa cómo o por qué elegimos esta carrera al principio, lo que realmente importa es cómo nos entregamos a ella y cómo permitimos que la experiencia nos transforme y nos inspire a ser mejores cada día. Al inicio, es posible que nuestras razones para elegir

la docencia sean diversas y, en algunos casos, hasta circunstanciales. Sin embargo, a medida que nos sumergimos en el mundo educativo, comenzamos a entender la profundidad y el alcance de nuestra responsabilidad y el impacto que podemos tener en la vida de nuestros estudiantes.

Cada día en el aula es una oportunidad para aprender algo nuevo, no solo sobre los contenidos que enseñamos, sino sobre nosotros mismos y nuestros alumnos. Ser maestra implica ser flexible y creativa, encontrar formas innovadoras de presentar el material y de involucrar a los estudiantes en el proceso de aprendizaje. Debes ser capaz de manejar el aula, mantener el orden y la disciplina, y al mismo tiempo crear un ambiente donde los estudiantes se sientan seguros y acogidos, adaptar tu enseñanza para que cada estudiante pueda alcanzar su máximo potencial es un reto constante, pero también una fuente de gran satisfacción.

En mi propia experiencia, sé que la docencia me ha transformado, me ha enseñado a ser más comprensiva, paciente y resiliente. Me ha mostrado el valor de la empatía y la importancia de escuchar y entender a cada alumno como un individuo único. La enseñanza me ha desafiado a ser creativa, a pensar fuera de lo convencional y a encontrar nuevas formas de conectar con mis estudiantes y hacer que el aprendizaje sea una experiencia significativa para ellos.

A medida que avanzamos en nuestra carrera, nos damos cuenta de que ser maestro no se trata solo de enseñar materias académicas, sino de formar personas, de inspirar a nuestros estudiantes a ser curiosos, críticos y compasivos. Nos convertimos en modelos a seguir y nuestra influencia puede durar toda la vida.

Figura 1. Creación de instrumentos musicales con material reciclado



Figura 2. Actividad didáctica sobre la salud



## Referencias

- De Lella, C. (1999). *Modelos y tendencias de la formación docente*. OEI. <http://www.oei.es/cayetano.htm>
- Freire, P. (2012). *Pedagogía de la autonomía* (2.ªed.). Siglo XXI Editores.
- Gracia, D. (2007). *Fundamentos de bioética* (2.ªed.). Editorial Triacastela.
- González-Blasco, P. y González-Anleo, J. (1993). *El profesorado en la España actual. Informe sociológico sobre el profesorado no universitario*. Fundación Santa María.
- Oliveira, D. A., Duarte, A. C. y Vieira, L. F. (2010). *Dicionário trabalho, profissão e condição docente*. Belo Horizonte. <http://www.trabalhodocente.net.br/?pg=dicionario-apresentacao>

